

Malditaflorcita y Okidoki: breve historia de los sinsabores y delicias de las adolescencias

Ps. Adriana Ponzoni¹

Entre el título de la actividad que nos reúne hoy: “La sexualidad y el otro en el discurso adolescente. Foro de Psicoanálisis y Educación” y el título del cortometraje que nos sirve de disparador para la reflexión: “No sé bien”, tuve la necesidad de encontrar un título propio para unas breves reflexiones en la búsqueda tal vez de situarme entre un título que sugiere un saber importante y otro que intenta abrirse paso, que balbucea una búsqueda.

Más afín con esto último y bajo el impacto que las múltiples y sutiles imágenes sensoriales me produjeron, se me fue imponiendo este título que privilegia lo sensorial a la vez que recoge los pseudónimos de ambos protagonistas en el Chat que, a mi modo de ver, condensan aspectos conflictivos, paradigmáticos de la adolescencia, que intentaré abordar en estas reflexiones. Imágenes que de lleno nos ubican en uno de los ejes del título de la actividad de hoy y que es la sexualidad. Alusiones, imágenes, símbolos, que remiten constantemente al intenso placer y displacer que experimenta el adolescente en y con su cuerpo y que, en este corto, se despliegan permanentemente.

Ese “estallido reforzado de la pulsión sexual en la pubertad” del que nos hablaba Freud (1905) en Tres Ensayos, ese empuje vital que arrastra, que atropella y que hace que nuestros personajes titubeen, se sonrojen, se avergüenzen, se detengan para luego arriesgar y arremeter con el susto y la incertidumbre a cuestas. Toda la película es entonces discurso adolescente, en el sentido que lo ha trabajado y desarrollado en nuestro medio Myrta Casas (1999), es decir, discurso verbal y lenguaje corporal donde gesto y acto detentan una capacidad expresiva máxima.

Es que asisten a una invasión que desconcierta porque es una invasión sí, pero invasión que paradójicamente viene de adentro de uno mismo, pero se siente como ajena. En este sentido aquí podríamos identificar un primer “otro” que estaría designando a eso otro en mí, eso desconocido que brota, se manifiesta y empuja a pesar de uno mismo y que los analistas reconocemos como lo distintivo de la sexualidad constitutiva de lo inconsciente. De allí la insistencia en referirnos junto a muchos, a la adolescencia como al trabajo de elaboración psíquica de los cambios introducidos por la pubertad. Pero dicho trabajo de elaboración no se realiza en aislamiento y aquí seguimos a Marcelo Viñar (2009) cuando afirma: “una vez desatada la tormenta puberal, biología y cultura interactúan en un paradigma complejo sin prioridad lógica de uno sobre otro”. Trabajo de asimilación, de metabolización de las múltiples rupturas que tal estallido promueve en el psiquismo en un contexto familiar, educativo, social, cultural dado y conducen, a su salida, a una nueva estructuración psíquica. Segunda oportunidad entonces que algunos llaman de nueva experiencia fundacional, donde se re – edita, re – toma, re – significa, re define, (todos estos re y más) la historia vivida (donde despunta la peripecia edípica) dando lugar a movimientos identificatorios muy intensos que ponen en jaque las bases narcisistas.

En este sentido, el seudónimo de “Malditaflorcita” así como el cartelito del “escupime”, podrían estar haciendo referencia a la presencia de las fantasías que – actualización del complejo de castración mediante – se despliegan en torno al cuerpo femenino con una impronta masoquista que dejan el malestar y la angustia al descubierto. Fantasías que muestran algunas de las vicisitudes de la joven adolescente en el camino hacia el

¹ **Adriana Ponzoni**, Psicóloga, Miembro Asociado de APU y coordinadora del Laboratorio de Adolescencia de APU. Montevideo 8 de abril de 2011.

establecimiento de la llamada identidad sexual aunque prefiero hablar de perfil sexual, para destacar el aspecto siempre móvil, abierto de la identificación sexual así como de toda identificación. Fantasías que llevan a este gesto o acto (el del colgarse un cartel en la espalda) que muestra la intensa necesidad de convocar al otro en la búsqueda de nuevas significaciones, a la espera de que confirme o no dichas fantasías, en un intento desesperado de ahorrarse la zozobra del camino por recorrer. El problema muchas veces sobreviene cuando desde el otro lado se ve sólo la dimensión provocadora, contestataria, rebelde que algunos de estos actos pueden ostentar y no se ve ese lado de búsqueda desesperada que necesita de una cierta cuota parte de agresividad para desarrollarse. Agresividad no siempre fácil de tolerar y manejar, pero que es esencial para la construcción del psiquismo, para el trabajo de diferenciación yo-no yo.

El Malditaflorcita y el escupime también ponen de relieve la fragilidad y vulnerabilidad narcisista de estos momentos, los intensos sentimientos de vacío y desvalorización consecuentes al trabajo de desidentificación-identificación tanto en el yo como en el super yo-ideal del yo, portadores de las normas e ideales a sostener. Aquí se vuelve de capital importancia el referente u otro parental, institucional, social y el otro pares. Siguiendo a Winnicott (1968): "nada sucede en el crecimiento emocional que no se produzca en relación con la existencia del ambiente" (...) "Si todavía se puede usar a la familia se la usa, y mucho; y si ya no es posible hacerlo, ni dejarla a un lado (utilización negativa) es preciso que existan pequeñas unidades sociales que contengan el proceso de crecimiento adolescente"

"Referentes" entonces como insistimos desde el laboratorio, capaces de encarnar una actitud sostenedora, no intrusiva pero tampoco indiferente, lo cual resulta vital para que estos sentimientos puedan desplegarse, elaborarse y no cristalizarse.

Los carteles de no pasar y no tocar los podemos pensar en función de estas peripecias narcisistas que ponen al adolescente al desnudo y con una profunda necesidad de resguardo, privacidad (todo investimento libidinal fragiliza, amenaza) y también en relación a la actualización de fantasías incestuosas y parricidas que promueven la necesidad de la distancia por la angustia que producen.

La tortuga, como contrapunto me dio pie a pensar en las diferencias en las vivencias con respecto al tiempo entre adultos y jóvenes. Como imagen me remite a un tiempo experimentado muchas veces como insoportablemente lento (cuando se tienen 14 años la distancia a los 17, 18 es la de una agonizante eternidad) en contrapunto con los tiempos acelerados del vértigo de la acción a la cual se ven empujados constantemente en un intento de sentirse reales, de apropiarse de lo que les está sucediendo, combatiendo los sentimientos de vacío. Hacer para ser, para sentirse siendo porque todos los cambios que están atravesando hacen tambalear profundamente su sentimiento de continuidad de ser.

En este sentido en nuestro cortometraje es interesante ver como los cambios en la cultura y, en especial, los desarrollos tecnológicos, son tomados por nuestros personajes o, tal vez, sería más correcto decir cómo la tecnología los toma a ellos. El precioso diálogo del inicio a través del Chat muestra cómo ellos se muestran, se ocultan y se inventan en ese intento de acceder a un lugar todavía en construcción. El Chat por momentos les permite ser lo que quieren y añoran ser, tierra fértil entonces para el yo ideal, para la omnipotencia, que campea cómodamente. Es que, como me comentara una joven paciente, también de 14 años hace pocos días, "el problema es después que hacés con ese personaje que te inventaste". Así Damián se presenta como un guitarrista de 17 años, perteneciente a una banda de rock y con amigos en concierto en un boliche esa misma noche. Florencia, en principio, un poco mas pegadita a la realidad- y castración mediante-admite que canta en su cuarto pero salta al "escribo canciones", que si bien

ella escribe mucho en su diario y escucha música, el escribir canciones es al inicio del corto mas bien una aspiración de deseo. Después, frente a la pregunta de Damián (seguramente asustado por lo que había promovido y se le venía encima) de si la dejaban salir ya Florencia no puede contener la omnipotencia y “salta “ con el” obvio”, por supuesto que ella hace lo que quiere y nadie la detiene.(después por suerte veremos y comentaremos como esto no es tan así)

En este momento del corto evoqué una frase que en un seminario sobre adolescencia, Gonzalo Varela nos regaló y yo atesoré desde entonces. No recuerdo bien si la frase era de él o más bien él la había recibido a su vez de alguno de sus maestros. La frase en cuestión decía:” lo que pasa es que a los 16 uno mide la profundidad del río con los dos pies”

Y bueno, entre el “¿te animás a probar?” y el “me da vergüenza” del diálogo desembocamos en la calle y en el boliche con Florencia y Damián. Estamos en el meollo de la película, nuevamente el dilema shakesperiano: ser o no ser, to be or not to be, que no puede ser, significarse sino es ante otro, con otro, para otro.

Y si bien desembocamos con ellos en esta escena donde ellos van como corriendo atrás de ellos mismos, hay una preparación entrañable del encuentro, mostrada desde el lado de Florencia, quien despliega de una manera conmovedora la relación estrecha y vital que une al adolescente con sus objetos y nos alerta a los adultos de la necesidad de respetar y estar atentos a estos vínculos. Yo diría que del mismo modo que cuando son niños tratamos sus objetos preferidos, objetos acompañantes, amigo invisible, objetos transicionales en la concepción Winnicottiana,

El tratamiento que ella le brinda a su remera de “Ataque 77” (y como sabemos cuando campea la ansiedad no hay mejor defensa que un buen ataque) es elocuente de todo lo que en ese acto y elección deposita. Remera que se transforma en verdadero amuleto para conjurar la intensa angustia de castración, -separación y pérdida- que esa prospectiva comparencia frente a otro le genera. Búsqueda para ahuyentar fantasmas que nos dice de la importancia de la música como vía de sublimación, de ligazón del desborde pulsional.

Pero finalmente se reconocen a la entrada del boliche y allí comienza la confrontación entre lo que habían construido y lo que van asimilando de ellos mismos y del otro en esa comparencia. Progresivamente, trabajo de deconstrucción—construcción mediante, van pudiendo desprenderse de esas imágenes o lugares que habían construido y, lejos de transformarse en un abismo frente al cual muchos adolescentes no encuentran otra salida que el salto, ellos van muy entrañable y humanamente “descendiendo” hasta que Damián termina “confesándose”: ni 17 años, ni banda de rock, ni experiente con el alcohol, ni guitarrista. El que tiene “todo” es el hermano, el otro y él está en pañales, en vías de, en todo: 14 años, primera vez de alcohol, primera lección de tocar guitarra y de tocarte a ti, Florencia – pareciera que nos estuviera diciendo -todavía ni hablemos, aunque me muera por “probar” y te haya invitado.

El tomar alcohol, casi un rito iniciático en nuestra sociedad para ser joven y dejar atrás la infancia, muestra su “filiación” oral, en un Damián que nos recuerda a un bebe de ocho o nueve meses tomando la mamadera con ambas manos. Rito que denuncia a la vez nuestra sociedad de consumo que, con su oferta ininterrumpida e ilimitada de distintos objetos empuja, atropella a sus miembros, siendo los adolescentes especial “carne de cañón” por el intenso vacío que experimentan en este momento de profundas transformaciones. Es elocuente en este sentido que la letra de la canción que Florencia ensaya sola al principio (de Ataque 77) diga: “tanto tenés tanto valés”

Otro elemento a destacar en el periplo nocturno es la actitud del patovica. Su gesto y sus palabras despectivas: "diente de leche" muestran una forma de poner un límite que, lejos de cuidar reconociendo desliza un despreciar des-conociendo, "nadificando". Estos estilos de relación con los adolescentes que cobran distintas expresiones en lo educativo, social, cultural y en lo político, me pregunto, ¿de qué se nutren? Es una pregunta que excede por su complejidad al psicoanálisis pero desde esta, nuestra disciplina podemos relanzar algunas preguntas que enriquezcan la discusión: ¿tendrá que ver con el correlato filicida de los adultos frente a la llamada locura puberal y parricida? ¿O reedición de lo propio parricida? ¿Con la envidia por la juventud en un momento en donde coincide con la declinación del adulto? ¿Por los proyectos por realizar? ¿Por el futuro todo por-venir de los adolescentes? Winnicott nos planteaba en el texto que ya he citado y que me parece de una vigencia total que : "la sociedad necesita ser sacudida por las aspiraciones de quienes no son responsables", ahora bien la pregunta es ¿lo tolera? La sociedad necesita nutrirse de las distintas miradas de sus individuos parados en sus distintos lugares y no invalidarlos porque justamente miran desde otro lado, de otra manera, sino mas bien agradecerlo por esa posibilidad que tienen de enseñar a los adultos a ver el mundo en "forma renovada". Tal vez esa frase que escuchamos varias veces en el corto: "¿no fuiste pibe nunca vos?" alude a un intento de rescate y tolerancia frente a lo diferente, nuevo (en parte por reprimido) que nos plantean los adolescentes.

Para terminar y volviendo al trabajo de deconstrucción -construcción al que me refería y que culmina en la "confesión" de Damián de nada menos que su humanidad, podemos volver a decir: "no es quien quiere sino quien puede". Este trabajo psíquico intenso que se despliega ante nosotros es posible, porque las bases narcisistas de nuestros personajes parecen estar suficientemente establecidas y permiten la operación de la castración, es decir la aceptación de los límites, de la falta, de la radical precariedad que nos constituye. Operación que es sostenida y relanzada por la confrontación de la madre, llamándola por todos sus nombres y apellidos cuando la descubre en su salida nocturna sin permiso. Límite, "penitencia" que pone la madre- quien parece estar sola, no aparece un padre lo que podría estar denunciando algo de la familia en la actualidad- pero marca un corte, aparece el no. Un no que cuida, distinto de un no descalificativo o arbitrario o peor aún, de la indiferencia. Es un no que está atento y que señala a Florencia el riesgo en que incurre. Riesgo paradigmático de aquellos en que incurren frecuentemente los adolescentes (y no sólo adolescentes) como una forma de conocer sus límites y discriminarse, sin duda una forma compleja y peligrosa de conocerlos. Pero es el no que nos puede traer un sí y esto es lo que de manera conmovedora nos muestra la película. Florencia después de un período de aislamiento, puede recibir a Damián en su casa .y a partir de allí comienzan un proceso de aprendizaje juntos. Ambos crean un espacio donde se habilitan mutuamente a ensayar,- literal y metafóricamente-, nuevos lugares, desplegando su potencial creativo. Así Damián va aprendiendo sus primeros acordes y Florencia, comienza a escribir su primera canción, que al parecer titula "No sé bien". Dentro de las estrofas que escuchamos destacaría cuando dice "no sé bien lo que hay que saber" como paradigmática de la pregunta adolescente por el quién soy y que convoca a la respuesta del otro analista, familiar, social, institución educativa, club deportivo o cualquier otro lugar de pertenencia. El riesgo es que ese otro, se piense que tiene ese saber y ahogue la pregunta, condenando a diversas servidumbres,(como salida posible que el "okidoki" podría estar denunciando) comprometiendo las posibilidades de una búsqueda y un camino mas veraz.

BIBLIOGRAFIA

Casas de Pereda, Myrta (1999) “En el camino de la simbolización” Ed. Paidós

Freud, S. (1905) “Tres ensayos de teoría sexual” Obras completas volumen VII Editorial Paidós.

Viñar, Marcelo N. (2009) “Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio” Editorial Trilce

Winnicott, D. W (1968): “Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente, y los conceptos que de ellos se desprenden en lo que respecta a la educación superior” en “Realidad y juego”. Editorial Gedisa